

Las condiciones de vida en el paraíso perdido: ¿el Diablo metió la cola?.

Augusto Costa.

Cita:

Augusto Costa (2004). *Las condiciones de vida en el paraíso perdido: ¿el Diablo metió la cola?.* VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/111>

Las condiciones de vida en el paraíso perdido: ¿el Diablo metió la cola?

Augusto Costa*

*“Y tomó el Señor Dios el hombre que plasmó,
y púsole en el paraíso de las delicias a trabajar y guardar”,*

Génesis, Capítulo 2:15

Introducción

Aunque no se trata de un ensayo sobre teología las referencias bíblicas del título de este trabajo saltan a la vista. Como se intentará mostrar, la elección del nombre no es caprichosa, sino que pretende dar cuenta –a modo de metáfora- de la gran afinidad existente entre ciertas lecturas de la historia económica argentina y determinados elementos que son característicos del mundo de las religiones.

En este artículo nos dedicaremos a discutir una de las visiones más extendidas sobre el período comprendido entre los años 1880 y 1930, momento en que se produce la incorporación de la Argentina al mercado mundial como productor de mercancías agropecuarias. Las potencialidades y limitaciones de este modelo de acumulación han suscitado apasionados debates durante gran parte del siglo pasado. Distintos autores se han convertido en férreos defensores de este patrón de inserción internacional. Concretamente, las vertientes teóricas vinculadas al *liberalismo económico* tradicionalmente pugnarón por la apertura de la economía nacional, su integración al sistema mundial de comercio en base a las *ventajas naturales* de estas tierras y la restricción del área de acción del Estado. Es decir, históricamente procuraron reeditar un modelo de desarrollo a imagen y semejanza de la Argentina agroexportadora de fines del siglo XIX y principios del XX.

A lo largo de estas páginas se cuestionará particularmente uno de los argumentos centrales de los enfoques teóricos ortodoxos: los hipotéticos efectos favorables sobre el bienestar social del

* Licenciado en Economía (UBA). Docente de Finanzas Públicas (UBA/UNSAM). Investigador becario de Doctorado del Proyecto UBACyT E016 “En busca de una explicación económica general. El desarrollo del capitalismo en Argentina, 1880 – 1975” y miembro del Centro de Estudios para el Desarrollo Argentino (CENDA).

tipo de especialización determinada por las ventajas comparativas o –en su versión más moderna- por las dotaciones relativas de factores¹.

El modelo agroexportador y la fábula de la ortodoxia

En términos teóricos, las interpretaciones ortodoxas sobre la historia económica tienen como marco conceptual el modelo de Heckscher-Ohlin, que consiste básicamente en una adaptación neoclásica de la teoría de las ventajas comparativas de David Ricardo. El modelo postula que en condiciones de apertura comercial cada país tiende a exportar los bienes para cuya producción utiliza intensivamente los factores productivos que posee en una mayor cantidad relativa. Desde el punto de vista normativo, la conclusión es que la especialización en la producción de mercancías intensivas en el factor abundante es la más eficiente (en el *sentido de Pareto*) y la que garantiza las mayores ganancias del comercio para el país.

Este esquema de análisis -inherentemente ahistórico y estático- fue seriamente criticado a lo largo de la historia del pensamiento económico². No obstante, sus defensores locales se aferran fervientemente a la idea de que la especialización agroexportadora es la única plataforma viable para el desarrollo de la Argentina. El argumento básico es que no sólo asegura el crecimiento sostenido de la economía sino que además genera -como resultado del *derrame*- sustanciales mejoras en las condiciones de vida de la sociedad en general.

Dada la restrictividad de los supuestos del modelo y la escasa evidencia empírica que lo sustenta, para respaldar esta teoría (y la conveniencia de seguir sus prescripciones de política económica) suele apelarse nostálgicamente al período 1880-1930. Concretamente, los presuntos efectos milagrosos sobre el bienestar de la sociedad del patrón agroexportador son presentados como la prueba más concluyente de la validez del teorema de Heckscher-Ohlin y

¹ En este texto, al referirnos al bienestar de la sociedad estamos considerando exclusivamente el nivel de vida de los sectores más amplios de la población: las clases trabajadoras. Por lo tanto, nuestro estudio se concentrará fundamentalmente en aquellos aspectos que hacen a las condiciones de vida de los trabajadores asalariados.

² Tanto desde la ortodoxia como desde la heterodoxia se encuentran numerosas refutaciones teóricas y empíricas a este modelo. Algunas de las críticas se encuentran sistematizadas en González y Nahón (2004).

de las ventajas de la apertura³. Ahora bien, no es difícil establecer una analogía entre este tipo de explicaciones y ciertas parábolas religiosas.

Según la versión más esquemática de esta línea interpretativa de la historia económica argentina, en el comienzo reinaba la armonía. Las inmejorables condiciones naturales de las tierras pampeanas garantizaban prosperidad, bienestar y oportunidades de progreso casi ilimitadas a sus privilegiados habitantes. Siguiendo los designios de la naturaleza, el país se había especializado en la producción de aquellas mercancías para las cuales posee ventajas comparativas respecto del resto de los países: los bienes agropecuarios. Al no existir restricciones artificiales al comercio, mediante la venta de esta clase de productos al resto del mundo la Argentina obtenía los recursos que le permitían adquirir aquellos artículos manufacturados que no tenía posibilidades de fabricar debido a su menor productividad relativa. Este patrón aseguraba las condiciones para que los habitantes de este verdadero paraíso terrenal pudieran desarrollar al máximo sus potencialidades. Los gobernantes, visionarios estadistas que tenían plena conciencia de esta idílica y excepcional situación, no interfirieron desde el Estado en los destinos de la economía y contribuyeron decisivamente –a través de la organización nacional, la pacificación del país y la provisión de la infraestructura básica- a crear el ambiente propicio para impulsar el crecimiento económico⁴.

Lamentablemente los argentinos permanecieron en este jardín del Edén solamente por medio siglo. Hacia la década de 1930 se produjo un quiebre que luego se consolidaría con el tiempo: la industrialización vía sustitución de importaciones -en un principio espontánea- se convierte posteriormente en política de Estado. Con la nueva estructura de la economía el paraíso se dejaba atrás inexorablemente. El daño ya estaba hecho. De allí en adelante la única esperanza

³ Entre los numerosos autores que se enmarcan en esta línea teórica se destacan –aunque con distintos matices- Cortés Conde (1997), Díaz Alejandro (1975) y Martínez De Hoz (1981).

⁴ En el discurso pronunciado al asumir la presidencia el 12 de octubre de 1880, Julio A. Roca ponía de manifiesto este espíritu: “Provincias ricas y feraces sólo esperan la llegada del ferrocarril para centuplicar sus fuerzas productoras con la facilidad que les ofrezca de traer a los mercados y puertos del litoral sus variados y óptimos frutos, que comprenden todos los reinos de la naturaleza”. Seis años después, al inaugurar su segunda presidencia, Roca ratificaba la filosofía del gobierno nacional: “El país (...) debe esforzarse en aumentar y mejorar en cantidad, calidad y precio, aquellos ramos de producción que tienen ya fácil aceptación en los mercados extranjeros, absteniéndose de proteger industrias efímeras, en condiciones de irremediable inferioridad, con evidente menoscabo de nuestras grandes y verdaderas industrias, la ganadería y la agricultura, tan susceptibles todavía de adquirir un inmenso desenvolvimiento” (Scobie, 1986:313).

de salvación era retornar al estado original. Mientras esto no ocurriera, la prosperidad y el bienestar no volverían a reinar en las otrora bienaventuradas tierras argentinas.

Amén de que cualquier analogía presenta limitaciones, la tendencia de los defensores más emblemáticos de la argentina agroexportadora a sacralizar este período de la historia argentina y la apelación a ingredientes más propios de la religión que de la ciencia para fundamentar posiciones son moneda corriente⁵. Teniendo en cuenta la relevancia de este estado originario como fundamento de las teorías tradicionales del comercio internacional aplicadas al caso argentino, en este trabajo se discutirán los aspectos más significativos de las condiciones de vida de la población durante el período agroexportador. El principal problema que encontramos es la falta de estadísticas y testimonios confiables. De hecho, esta falencia y la utilización sesgada de la escasa información disponible constituyen la base a partir de la cual se sostienen este tipo de posiciones.

La evidencia estadística e historiográfica sobre el período 1880-1930

El crecimiento del Producto Interno en la Argentina agroexportadora

Como primera medida indicadora del rumbo que sigue una economía -y en consecuencia de las oportunidades existentes para sus miembros- es conveniente empezar por la información referida a la evolución del Producto Interno Bruto (PIB)⁶. A primera vista los datos parecen contundentes: entre 1900 y 1930 el PIB real argentino se expandió un 275%, lo que supone un incremento anual promedio cercano al 9%. Considerando el período 1890-1930, este espectacular desempeño se refleja en una tasa de crecimiento anual acumulada 42% superior a la de Estados Unidos, 292% a la de Gran Bretaña, 155% a la de Australia y 31% a la de Canadá (Maddison, 2001). Es decir, a la luz de esta información la economía argentina mostró una trayectoria convergente respecto de las potencias del período (Estados Unidos y Gran

⁵ En este sentido resulta llamativo encontrar en explicaciones pretendidamente científicas estructuras que pueden transformarse en relatos cuasi-religiosos: *tierra prometida*, *pecado original*, *desvío del sendero virtuoso* y *promesa de redención*.

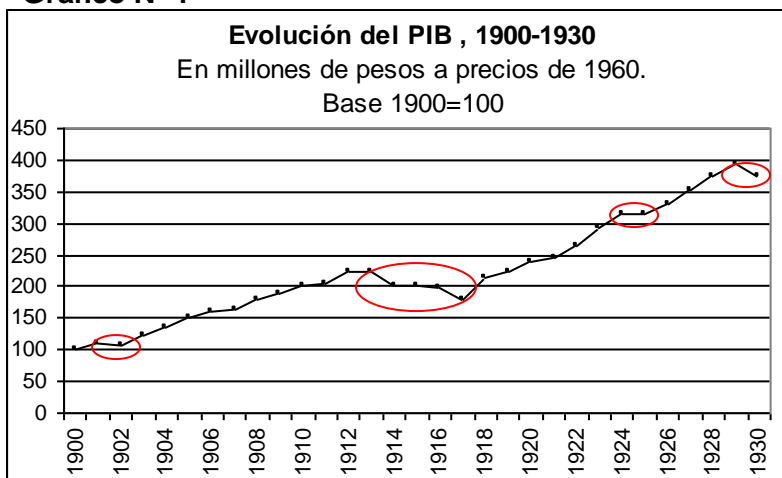
⁶ Excede los alcances de este artículo establecer una explicación causal sobre los determinantes de la dinámica de la economía argentina durante el período. Únicamente nos concentraremos en el análisis de la información disponible sobre las variables que influyen en la calidad de vida de los sectores populares.

Bretaña) y apreciablemente superior a la de los otros países de incorporación tardía al comercio internacional (Australia y Canadá).

Sin embargo, los elevados niveles de crecimiento alcanzados al insertarse en el mercado mundial como proveedor de materias primas no fueron algo exclusivo ni específico del país. Las principales economías del continente también registraron fuertes tasas de expansión durante este período: entre 1890 y 1930 Brasil creció anualmente al 3,7% a partir de las exportaciones cafetaleras, Chile al 3,2% gracias a la minería y Venezuela al 6,1% en virtud del desarrollo de la explotación petrolera.

Por otra parte, la gran dependencia externa de la economía argentina - tanto a los vaivenes del comercio internacional como al movimiento de capitales- determinó pronunciadas oscilaciones en esta etapa. Luego de las depresiones de 1890 y 1896 se

Gráfico N° 1



Maddison, A. (2001), *The world economy: a millennial perspective*, OECD

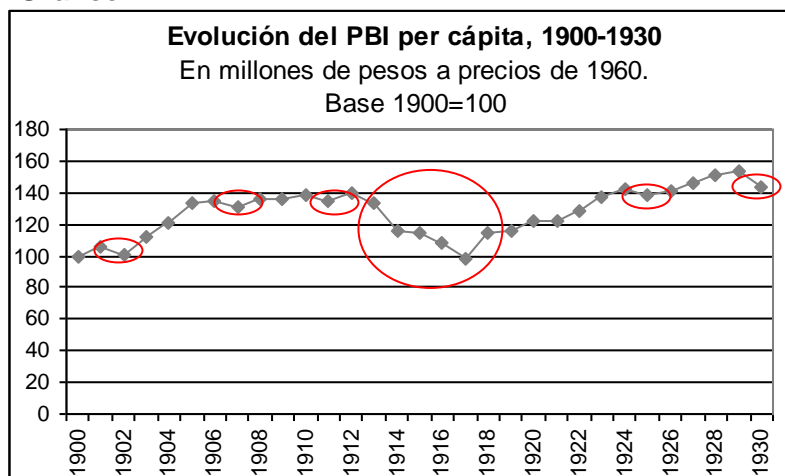
destacan la caída del 2,2% del PIB en 1902, la violenta recesión de 1914-1917 -que llevó al PIB prácticamente al mismo nivel que diez años antes-, la desaceleración de 1925 y nuevamente el descenso ocurrido en 1930 (Gráfico N° 1). La vulnerabilidad externa ante los cambios en la coyuntura económica mundial no es un dato menor: mientras que Estados Unidos mantuvo una tasa de crecimiento anual del 3,5% en el período 1913-1918, Gran Bretaña del 3,1% y Canadá del 1,6%, el producto argentino cayó un 20% en el mismo lapso.

De todas formas, la evolución del PIB puede ser un buen indicador de las condiciones generales de la economía, ya que muestra qué ocurre con la capacidad de creación de valor, aunque como indicador del bienestar de la población posee un significado acotado. En vez del PIB, en los estudios del desarrollo se utiliza tradicionalmente el PIB per cápita como variable ilustrativa de la disponibilidad media de ingresos por habitante.

El comportamiento del PIB per cápita

Si se considera la evolución del PIB per cápita observamos importantes diferencias respecto de la situación anterior a raíz del notable flujo migratorio que recibió el país en esta etapa. Si bien esta variable creció a un promedio del 1,6% anual entre 1900 y 1930, en la comparación internacional la Argentina mostró un desempeño inferior a las economías norteamericana y canadiense, aunque mantuvo un crecimiento mayor que Gran Bretaña, país que se encontraba en el proceso de pérdida de su hegemonía mundial. En relación con otros países sudamericanos, la trayectoria del PIB per cápita argentino fue inferior a la de la economía chilena (que creció el 1,9%) y la venezolana (que se expandió al 5%) y similar a la de Brasil

Gráfico N° 2



Maddison, A. (2001), *The world economy: a millennial perspective*, OECD

(Maddison, 2001).

Las fluctuaciones presentes al analizar el Producto Interno se profundizan significativamente si se lo considera en términos per cápita. A partir del Gráfico N° 2 se pueden observar las caídas del 4,9% en

1902; del 2,8% en 1907; del 0,2% en 1909; del 2,9% en 1911; una violenta retracción de casi el 30% entre 1912 y 1917; otro estancamiento en 1921; una disminución del 3,3% en 1925; y nuevamente un marcado derrumbe del 6,6% en 1929. Los datos son elocuentes: el PIB per cápita no pudo mantener un crecimiento sostenido por más de cinco años consecutivos durante este período.

Así y todo, hasta la primera guerra mundial el mayor crecimiento de la economía argentina con respecto al promedio mundial permitió un proceso de convergencia en términos de ingresos medios con los países centrales. En efecto, en el año 1875 el PIB per cápita de la Argentina era equivalente al 40% del inglés, al 53% del norteamericano y al 34% del de Australia. Para el año 1913, estas brechas se habían acortado al 75%, 71% y 69% respectivamente (Maddison, 2001). La Primera Guerra significó un brusco parate para la economía argentina y su capacidad

de expansión. Si bien con posterioridad al conflicto bélico se registraron altas tasas de crecimiento, éstas no pudieron compensar el atraso en términos de ingresos per cápita que experimentó el país entre 1913 y 1917. Este fenómeno se observa si se comparan las tasas de variación del PIB per cápita respecto de otros países antes y después de la guerra. Entre 1900 y 1913 el producto medio por habitante en Argentina creció un 6,3% más que en Estados Unidos, un 6,7% más que en Noruega y un 15,6% más que en Brasil. En cambio, entre 1913 y 1929 las variaciones relativas fueron favorables a estos países a una tasa de 11,7%, 17,1% y 12,8% respectivamente (Vitelli, 1999:122)⁷.

A diferencia de lo que ocurría con los datos del PIB, la disponibilidad promedio de bienes e ingresos por parte de los miembros de la sociedad argentina no presenta ningún patrón definido y prevalecen recurrentes oscilaciones. Si tomamos en cuenta los decisivos efectos negativos en términos de bienestar que tienen las grandes fluctuaciones en los ingresos de los habitantes de un país podremos inferir que la calidad de vida de los sectores de la sociedad sin capacidad de ahorro -es decir, la amplia mayoría de los trabajadores- debe haberse visto seriamente afectada por estos ciclos.

Igualmente, el PIB per cápita no deja de ser un indicador promedio que –pese a lo extendido de su uso- no nos permite extraer conclusiones concluyentes sobre el nivel de bienestar de una sociedad. El siguiente paso consiste en el análisis de la tendencia en la distribución de la riqueza y del ingreso. Esta tarea nos permite ver si las oscilaciones del PIB per cápita ocurrieron en el marco de un proceso de redistribución progresiva de riqueza, lo que no necesariamente implicaría peores condiciones de vida para la mayor parte de los miembros de la economía. Veamos qué sucedió en la Argentina agroexportadora.

Las tendencias en la distribución de la riqueza

Aquellos autores que destacan el vertiginoso crecimiento de la producción registrado en el período sostienen que -en virtud de este proceso- fue posible que una parte importante de la

⁷ Respecto del promedio de los países de la OCDE, el PIB per cápita argentino representaba en 1913 el 80% del de este grupo de naciones, mientras que en 1929 dicho porcentaje había caído al 75% (Maddison, 2001).

riqueza generada se filtrara hacia los trabajadores del campo –vía altos jornales- y hacia los sectores populares de los centros urbanos –a través de mejoras en los salarios, la alimentación, la vestimenta y la educación-. No obstante, la realidad parece haber sido totalmente distinta. De hecho, la profunda desigualdad en la distribución del ingreso y la riqueza es uno de los rasgos distintivos de la economía argentina del período 1880-1930.

El origen de esta inequidad puede encontrarse en el proceso de expansión de la frontera agropecuaria del siglo XIX, que permitió la apropiación de grandes extensiones de tierras en pocas manos. Como resultado, cuando comienzan a llegar las corrientes inmigratorias al país las tierras más fértiles y mejor ubicadas de la región pampeana ya estaban jurídicamente ocupadas. Esta situación constituyó un obstáculo al acceso a la propiedad de la tierra de los trabajadores rurales que se integraban a la expansiva economía agropecuaria de la región pampeana y tuvo una influencia decisiva en la distribución del ingreso⁸.

Como vimos, con la incorporación plena al circuito de comercio internacional el país experimentó altas tasas de crecimiento motorizadas por las exportaciones agropecuarias. La elevada productividad del trabajo en las tierras de la región pampeana –en virtud de condiciones naturales excepcionales- permitió la apropiación de una enorme masa de renta diferencial por parte de los terratenientes y los sectores de la burguesía industrial subsidiaria de la producción agropecuaria, quienes consolidaron su situación de privilegio dentro de la sociedad argentina⁹. Este mismo proceso de inserción en el mercado mundial profundizó las asimetrías regionales y la consecuente diferenciación de ingresos entre los habitantes de las distintas provincias. En definitiva, el enriquecimiento extraordinario de la clase propietaria de la zona de mayor fertilidad -que se manifestaba en los lujosos palacetes de la Recoleta, los habituales viajes a Europa o el constante despilfarro - contrastaba con la miseria de los

⁸ Según el censo agropecuario de 1914, las explotaciones de más de 1000 hectáreas de superficie representaban el 8,2% del total y ocupaban el 79,4% de las tierras explotadas. Asimismo, las explotaciones mayores a 5000 hectáreas representaban el 1,7% del total y acaparaban casi el 50% de la superficie puesta en producción. En la misma fecha, la mitad de los explotadores no eran propietarios y el 70% de los arrendatarios y de los aparceros no eran argentinos (Rouquié, 1983:39).

⁹ El Estado y distintos capitales extranjeros, a través de diversos mecanismos, también pudieron disponer de cuantiosas tajadas de la renta diferencial de la economía argentina (ver Iñigo Carrera, 1998).

artesanos y pequeños productores del interior del país, las precarias condiciones y el hacinamiento en el que vivían los asalariados urbanos o la explotación que sufrían los trabajadores del campo.

Como se verá más adelante, las dificultades de acceso a la propiedad de la tierra y la casi única alternativa impuesta al inmigrante rural de trabajar como arrendatario o peón en la producción agropecuaria comprimió el nivel de remuneraciones que podían obtener de su trabajo en las ocupaciones agrícolas y concentró fuertemente las ganancias y las rentas generadas en la producción del campo en un grupo reducido de la población. Según estima Ferrer, durante este período alrededor del 70% del ingreso bruto agropecuario se concentraba en no más del 5% de la población activa ocupada en el sector. En términos nacionales esto implica que alrededor del 2% de la población recibía el 20% del ingreso bruto del país (Ferrer, 1963:132).

La valorización sostenida de la propiedad rural y la orientación del sistema bancario hacia los ganaderos y a los grandes propietarios (a través del crédito hipotecario) constituyeron obstáculos suplementarios para la difusión de la propiedad rural y favorecieron su concentración (Rouquié, 1983:40). En gran medida, los *booms* de la tierra a fines del siglo XIX que gestaron las fortunas de la elite se lograron por medio de una estructura liberal de crédito (Rock, 1997:24).

Ante esta situación, el porcentaje de inmigrantes involucrados en la colonización o que pudo convertirse en propietarios por otros medios es muy bajo. Si consideramos que el 75% de los inmigrantes se consideraba agricultor, la apropiación de las mejores tierras productivas en pocas manos explica en gran parte la alta proporción de inmigración golondrina en el total de los flujos migratorios¹⁰. Este hecho nos permite comprender el curioso fenómeno de una

¹⁰ La baja radicación definitiva de los inmigrantes se observa en el saldo del balance migratorio, que supera apenas al 50% del total de entradas entre 1820 y 1937. “Es evidente que esos inmigrantes, provenientes en su mayoría de las capas más pobres de sociedades con predominio rural, aspiraban a la propiedad y que la frustración de esos campesinos sin tierra que venían a América para mejorar su suerte fue negativa para el país receptor” (Rouquié, 1983:41).

inmigración masiva de origen esencialmente rural que se establece mayoritariamente en las ciudades.

Tanto en el campo como en los centros urbanos la recurrente inflación que experimentó la Argentina durante distintos períodos de la etapa agroexportadora provocó una sistemática transferencia de ingresos de los trabajadores a los intereses agropecuarios exportadores. Teniendo en cuenta que -en términos generales- los salarios fueron a la zaga de los precios, la participación de los sectores populares en el ingreso nacional registró una trayectoria decreciente (ver próximo acápite).

Gráfico N° 3

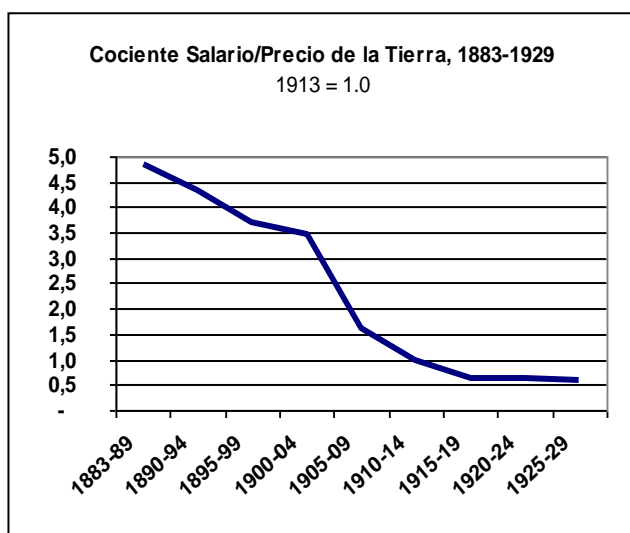
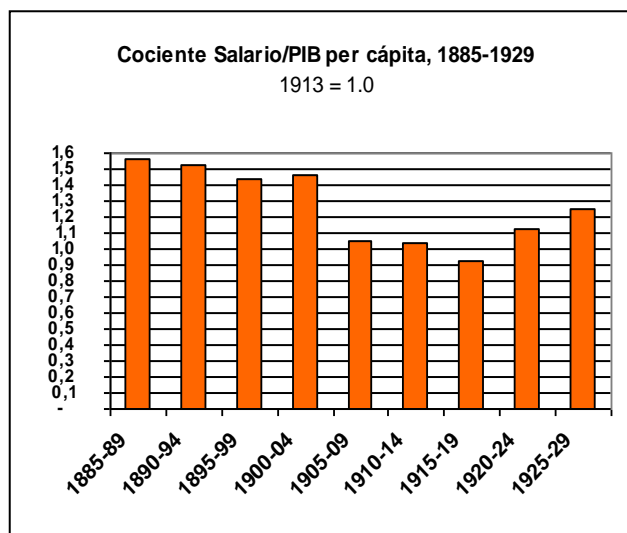


Gráfico N° 4



Williamson, J. (1998), *Real Wages and Relative Factor Prices in the Third World 1820-1940: Latin America*, Cambridge.

Dos coeficientes nos permiten ver esta tendencia al sistemático empeoramiento en la distribución de la riqueza y del ingreso inherente a la economía agroexportadora argentina. En primer lugar, la relación entre el salario real de los trabajadores y la evolución del precio de la tierra experimentó una caída del 85% entre 1891 y 1929 (Williamson, 1998a). Esto implica que el acceso a la tierra se encareció sensiblemente en relación a los ingresos de los asalariados, lo que muestra precisamente las crecientes trabas existentes para el acceso a la propiedad agrícola por parte de los sectores más amplios de la sociedad. En 1929 un trabajador podía comprar con su salario poco más de un séptimo de la tierra que podía adquirir en 1891 (Gráfico N° 3). Si tomamos en cuenta que muchos inmigrantes campesinos permanecían en los centros

urbanos durante cierto período para obtener los recursos necesarios para acceder a una propiedad rural notaremos que esta alternativa se fue haciendo cada vez más inviable.

Otro indicador muy ilustrativo es el coeficiente que relaciona el salario con el PIB per cápita, que nos permite determinar qué proporción del promedio de la disponibilidad de bienes de la economía corresponde a los sectores asalariados (aunque no tiene en cuenta la influencia del desempleo). Nuevamente la tendencia es regresiva: la media para el quinquenio 1925-1929 es un 20,5% menor al valor promedio observado entre 1895 y 1890 (Gráfico N° 4). Es más, la trayectoria del período completo muestra una persistente y pronunciada caída en esta relación, que sólo se revierte levemente a partir de 1920, aunque no llega a recuperar los niveles de la década de 1880 (Williamson, 1998a).

En consecuencia, la tierra de la igualdad y las oportunidades que algunos autores pretenden asociar a este período nunca fue tal. La inequitativa distribución de la riqueza tuvo efectos permanentes en las condiciones de vida de la población y provocó que una pequeña elite privilegiada se apropiara de la mayor parte de los beneficios del vertiginoso crecimiento de la economía argentina durante este período. Si bien es cierto que en un país casi despoblado que experimenta altas tasas de expansión existen posibilidades de mejoras en las condiciones de vida, dadas las características de la distribución de la riqueza y la influencia de los flujos migratorios, la tan mentada movilidad social se encontraba seriamente limitada. Tal como señala David Rock, “aunque la movilidad social estaba muy difundida, un gran número de inmigrantes seguía quedando entre las filas de la clase obrera. (...) A medida que transcurría el tiempo, cada vez se tornaba más difícil dejar de pertenecer a la clase obrera” (Rock, 1997:24)¹¹.

El nivel de las remuneraciones en la Argentina agroexportadora

Uno de los aspectos más relevantes para evaluar las condiciones de vida en cualquier economía moderna -donde las clases trabajadoras conforman la gran masa de la población- es

¹¹ Este hecho se vuelve evidente al considerar que el país se encontraba precisamente en el proceso de formación de su clase obrera, por lo que sólo unos pocos estaban en condiciones de cambiar su situación.

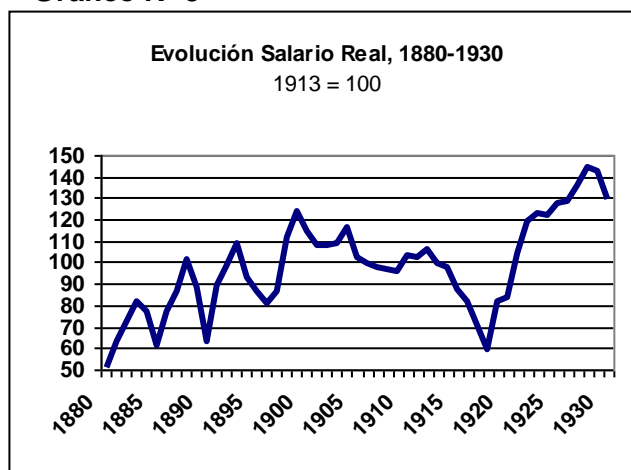
el nivel de los salarios reales. Si todas las variables analizadas hasta ahora muestran signos de empeoramiento en el estado de los sectores más amplios de la sociedad, esto sólo se vería compensado si al menos la capacidad adquisitiva del salario hubiese experimentado una sensible mejoría. Comencemos con la situación en los centros urbanos.

Cortés Conde (1979) sostiene que entre 1883 y 1911 los salarios reales aumentaron a una tasa del 1,4% anual, lo que habría permitido una significativa mejora en las condiciones de vida de los trabajadores argentinos¹². Siguiendo a este autor, la trayectoria ascendente fue interrumpida por el estallido de la Primera Guerra, aunque los salarios argentinos se habrían recuperado notablemente en la posguerra, experimentado un crecimiento del 6% por año entre 1920 y 1929.

Sin embargo, en la serie de salarios reales para el período 1880-1930 presentada por Williamson (1998a) lo que principalmente llama la atención son las pronunciadas y recurrentes oscilaciones de esta variable. En efecto, entre 1883 y 1885 se produce una caída del 25%, debido a que las remuneraciones se mantuvieron fijas y el costo de vida aumentó un 33%. Si bien en los siguientes

años los salarios reales se recuperan, luego de un pico en 1888 caen violentamente en dos años, desplomándose el 37,5%. Esta trayectoria oscilante se mantiene durante la década de 1890 y no desaparece en los primeros años del siglo XX. Los efectos de la guerra llevan al salario real en 1918 a un nivel inferior al de 1881. Posteriormente se produce una significativa recuperación que dura hasta fines de la década de 1920 (Gráfico N° 5).

Gráfico N° 5



Williamson, J. (1998), *Real Wages and Relative Factor Prices in the Third World 1820-1940: Latin America*, Cambridge.

¹² Este crecimiento es igualmente magro si se lo compara con las altísimas tasas de expansión del PIB durante el período.

Esta trayectoria es reconocida por distintos autores y por los testimonios de la época, que destacan la relativa invariabilidad de los salarios nominales¹³ y la recurrente inflación del período¹⁴. Como muestra de este fenómeno, en el clásico trabajo de Juan Álvarez (1984) se advierte un notorio descenso de los salarios reales en este período, atribuido fundamentalmente a la depreciación de la moneda: “los precios se ajustaban a una velocidad mayor que los salarios a la desvalorización del peso frente al oro, tendencia reforzada por la especulación de los comerciantes”. Según este autor, entre 1886 y 1896 los salarios nominales crecieron un 55%, aunque en términos reales se verificó una caída del 27%. Según otra estimación de Panettieri (1986), entre 1885 y 1891 el salario real del obrero experimentó una reducción del 54%. Asimismo, mientras que entre 1904 y 1906 se observó un aumento general de los salarios, “en los años siguientes y hasta 1914 se produjo una constante y considerable aceleración en los precios y alquileres que anuló las mejoras logradas en los años anteriores” (Rapoport, 2000:47).

Scobie muestra como los bajos salarios reales impactaban en las condiciones de vida de los trabajadores: “El nivel de vida de los obreros se mantuvo bajo durante más de una década después de la crisis [de 1890]. En una serie de artículos sobre las condiciones del trabajo publicados a fines de 1901, La Prensa concluía que los trabajadores con familia apenas podían sobrevivir en la ciudad. La más alta remuneración mensual que podía alcanzar un jornalero llegaba a 70 pesos moneda nacional o su equivalente de 30 pesos oro. Los gastos mínimos estimados para una familia obrera promedio totalizaban 100 pesos o 43 pesos oro. Las

¹³ Como se mencionó anteriormente, la concentración de la propiedad territorial en el agro tuvo influencias en los salarios de las ocupaciones urbanas al aumentar la oferta de mano de obra disponible (con su consiguiente efecto depresivo sobre los jornales) y fijar un bajo nivel de remuneraciones alternativas en las actividades rurales debido a las dificultades de acceso a la tierra (Ferrer, 1963:132). Según los datos de Williamson (1998a), los salarios nominales se mantienen inamovibles en los períodos 1886-1890, 1891-1897, 1898-1903 y registran una caída del 8,5% entre 1912 y 1916.

¹⁴ La fuerte inestabilidad del valor del peso papel en términos oro durante toda la etapa tuvo su correlato directo en el costo de vida de los trabajadores vía variaciones en los precios internos. Si bien la moneda local presentó una tendencia general a la apreciación durante los primeros dos decenios del siglo XX, entre 1880 y la segunda mitad de la década de 1890 la depreciación del peso papel provocó un sensible incremento de los costos de las materias primas agropecuarias. Esto se tradujo en un aumento de los precios de venta de los productos finales, con el consecuente encarecimiento de la canasta de consumo de los asalariados. Williamson (1998a) indica que el nivel de precios sufrió continuas alteraciones durante toda la etapa, con picos notorios como el caso del incremento del 79% entre 1888 y 1891.

condiciones en la clase inmediata superior tampoco mejoraron: se necesitaban 265 pesos moneda nacional mensuales para sostener una familia de un empleado compuesta de cinco miembros, cuando un oficinista ganaba 150 pesos moneda nacional por mes. Para subsistir, por supuesto, debían trabajar la mujer y los hijos y reducir los niveles de vida por debajo de los mínimos calculados” (Scobie, 1986:179).

En la segunda década del siglo XX la situación de los asalariados parece no haber mejorado: “Durante los años de la guerra y la primera presidencia de Hipólito Yrigoyen se resintió la ocupación y también el salario real. Alejandro Bunge (...) comprobó que mientras los salarios se modificaron muy poco entre 1910 y 1913, se mantuvieron inalterables entre 1913 y 1917, el costo de vida, en cambio, tuvo un alza del 60% entre 1914 y 1921” (Gutiérrez, 1983:76). Díaz Alejandro confirma esta tendencia al afirmar que “una vez estallada la contienda en Europa, los salarios reales fluctuaron considerablemente, disminuyendo en 1915-1919” (Díaz Alejandro, 1975:52).

Recién a partir del último decenio del período agroexportador aparece un consenso respecto a cierto mejoramiento en las retribuciones a los asalariados. Al igual que Cortés Conde, Díaz Alejandro observa que los salarios reales comenzaron a crecer en 1921 y continuaron ascendiendo hasta finales de la década. Según Gutiérrez, “los salarios nominales de los obreros industriales de la ciudad de Buenos Aires, casi sin modificaciones entre 1914 y 1918, comenzaron a incrementarse desde 1919 en un movimiento que solo se detuvo en 1921. El salario real, en cambio, tuvo su ciclo de alza entre 1921 y 1929” (Gutiérrez, 1983:76).

Respecto de lo que ocurría en el campo, dada la estructura de la propiedad de la tierra es válido inferir que la situación debe haber sido aún más grave. Ferrer consigna que los salarios crecían en menor proporción que los precios de los productos agropecuarios, lo cual aumentaba los márgenes de ganancia de los empresarios rurales y disminuía la participación de los trabajadores agrícolas en el ingreso del sector rural (Ferrer, 1963:134). Por su parte, Rock destaca que después del gran aumento del precio de la tierra producido a fines del siglo XIX, el arrendatario rural quedó expuesto a la inestabilidad y en muchos casos a la miseria.

Con frecuencia las tasas de arriendo eran muy altas, particularmente en las zonas de mayor rendimiento cercanas a la costa atlántica (Rock, 1997: 25). Rapoport presenta el caso de lo que ocurría en varios sectores -como los ingenios azucareros-, en que “los salarios, inferiores a los de un trabajador urbano, se abonaban con vales que debían cambiarse por productos que vendían en el almacén de la propia empresa” (Rapoport, 2000:51). Lobato agrega el hecho de que en la pampa los salarios de los trabajadores rurales presentaban disparidades significativas de acuerdo con las categorías, los cultivos y las tareas y también con las zonas, los departamentos y las provincias donde se realizaban las actividades (Lobato, 2000:475). Es decir, en el mundo rural a los bajos salarios se le suman en algunos casos relaciones precapitalistas y grandes inequidades entre las remuneraciones de los distintos trabajadores. Ahora bien, si en términos generales los salarios reales no parecen haber alcanzado elevados niveles y sólo muestran una tendencia creciente en la última etapa del período agroexportador, ¿cómo se explica la gran afluencia de inmigrantes al país?¹⁵.

Distintos autores –como Díaz Alejandro (1975), Rock (1997) o Gerchunoff y Llach (2004)- sostienen que la inmigración europea no se habría producido si los salarios pagados en la Argentina no hubiesen superado ampliamente a los de los países expulsores de mano de obra. Tanto los testimonios de la época como la información estadística disponible parecen confirmar esta hipótesis. Taylor (1995) muestra que hasta los primeros años del siglo XX se verifica una significativa brecha salarial entre Argentina e Italia y España, los dos países que explican más del 75% de la inmigración bruta del período. En la década de 1890, la diferencia de salarios entre Argentina e Italia oscila entre el 140% y el 220%, mientras que respecto a España varía entre el 70% y el 180% en favor de la Argentina. A partir de 1900 estas desigualdades salariales experimentan una marcada tendencia decreciente hasta 1920, aunque todavía los salarios argentinos son superiores a los de estos países europeos. Williamson (1998a) también presenta evidencia en este sentido. En la década de 1890, los salarios argentinos eran 167%

¹⁵ Entre 1880 y 1920 la Argentina se transformó en el tercer país receptor de inmigración europea con casi 4.500.000 personas. Esta cifra representa aproximadamente el 11,5% de la inmigración total del período y ubica al país detrás de Estados Unidos y Canadá, quienes atrajeron el 60,5% y el 12,1% de las corrientes migratorias respectivamente (Ashworth, 1978), citado en Rapoport (2000:43).

superiores a los del promedio ponderado de Italia, España y Portugal; entre 1909 y 1913 dicha diferencia se había acortado al 112%. Según este mismo trabajo, la brecha salarial entre Argentina y España era del 2.3 en 1885, 3.1 en 1895, 3.6 en 1905 y 2.5 en 1913.

De todos modos, el punto central a nuestros fines es que la comparación de los diferenciales de salarios medidos en moneda extranjera no es un ejercicio válido para tener precisiones sobre el nivel de vida de los trabajadores en la Argentina. La masiva inmigración de finales del siglo XIX y comienzos del XX no se explica primordialmente por las buenas condiciones reinantes en el país, sino más bien por la pésima coyuntura que atravesaban los países de origen. El *boom* demográfico experimentado por gran parte de las naciones europeas no industrializadas en la segunda mitad del siglo XIX (particularmente Italia), la baja productividad en el agro, el lento crecimiento industrial (que impidió la absorción de la mano de obra desocupada del campo), la decadencia del imperio colonial español, las sucesivas guerras y las depresiones económicas de 1873 y 1890 generaron una situación de miseria extendida a lo largo del Viejo Continente que obligó a las poblaciones campesinas y al proletariado urbano a buscar nuevos medios para mejorar sus condiciones de vida. Estos factores resultan más relevantes para entender el proceso migratorio que la presunta elevada calidad de vida en la Argentina, inferida a partir de salarios en oro mayores a los países de origen. Asimismo, las mayores retribuciones relativas están influenciadas por la frecuente apreciación cambiaria de la moneda local, que incrementaba los salarios argentinos en términos de otras divisas.

Si las condiciones de vida y las posibilidades de crecimiento personal de los inmigrantes hubiesen sido elevadas, no sería posible explicar el hecho de que una parte importante de los extranjeros que arribaban volviera a sus lugares de origen poco tiempo después. El saldo migratorio muestra fuertes fluctuaciones, registrando una emigración neta de 30.000 personas en 1891 y de casi 215.000 personas en el período 1914-1919 (Díaz Alejandro, 1975:35). Si consideramos la etapa 1880-1920, 3.381.700 trabajadores partieron de la Argentina hacia Europa (Vitelli, 1999:153). A propósito de este fenómeno Vitelli advierte que “la magnitud de la partida describe, incuestionablemente, una profunda sensación de frustración. Es cierto que la

posibilidad de haberse integrado al mercado poblaciones 'golondrina' y trabajadores transitorios expande los registros de la emigración. Pero, sin duda, de haber hallado condiciones propicias muchos inmigrantes transitorios hubieran permanecido”.

La comparación con los movimientos migratorios en los Estados Unidos muestra aun más claramente que en la Argentina debían prevalecer condiciones que conspiraban contra la voluntad de los inmigrantes de radicarse definitivamente. Mientras que la Argentina expulsó población durante la Primera Guerra Mundial, el país del norte recibió una inmigración cercana a 3 millones de personas entre 1914-1920. (Vitelli, 1999:155)¹⁶.

Por último, cabe hacer una aclaración adicional con relación a la participación argentina en los flujos migratorios y su relación con los salarios reales. El hecho de que la tasa de inmigrantes respecto a la población existente haya sido particularmente alta en la Argentina durante casi todo el período no habla de las oportunidades que ofrecía el país a los recién llegados¹⁷. Si se pretende establecer una comparación internacional habría que analizar el total de las corrientes migratorias y los destinos preferidos por los emigrantes europeos. En ese caso se advertiría fácilmente que Estados Unidos y Canadá atraen entre 1880 y 1920 casi el 75% de los flujos migratorios de ultramar, lo que refleja no sólo los diferenciales de salarios sino también las expectativas de crecimiento que brindaba cada uno de los países receptores¹⁸.

Luego de examinar la información disponible para la etapa 1880-1930 puede concluirse que durante largos períodos los asalariados sufrieron violentas reducciones de sus ingresos reales y existió una gran incertidumbre en cuanto al salario de los trabajadores y a su capacidad adquisitiva. Precisamente, las características predominantes en la Argentina agroexportadora

¹⁶ Este dato no es menor, ya que el regreso a Europa de casi 19.000 personas por año en plena guerra habla a las claras de las malas condiciones de vida reinantes en la Argentina.

¹⁷ Dada la escasa población que existía en los territorios argentinos, el peso de la inmigración fue significativo. Entre 1890 y 1913 la participación de los inmigrantes en el total de la población argentina fue del 47%, mientras que en el período 1913-1929 alcanzó el 15% (Taylor, 1994).

¹⁸ A partir de Williamson (1998a) y Williamson et al (1993) se puede establecer que los salarios en la Argentina equivalían en 1890 y en 1910 al 45% y 55% de lo que recibían los trabajadores norteamericanos, respectivamente. Rapoport (2000:44) también coincide en que “la diferencia salarial con los Estados Unidos parece haber sido manifiesta”. Del mismo modo, Taylor y Williamson (1994) presentan datos para comparar los salarios en la Argentina con los percibidos por los trabajadores en otros destinos de inmigración. Según estos autores, hacia 1910 los salarios argentinos representaban el 46% de los pagados en Canadá y el 70% de las retribuciones reales obtenidas por los asalariados en Australia.

fueron la alta volatilidad y las sistemáticas caídas salariales. Lo destacable es que recién puede percibirse una tendencia relativamente creciente en las remuneraciones a los asalariados urbanos a partir de la década de 1920, precisamente el momento en el que se produce un visible crecimiento de la participación de la industria en la estructura económica en detrimento del agro, aunque los lineamientos del modelo agroexportador seguían vigentes.

El contexto de los trabajadores y la situación laboral

La inestabilidad característica de la economía argentina durante el período 1880-1930 influyó sensiblemente en la calidad de vida de los trabajadores. Las fluctuaciones económicas suponían la constante amenaza (y en muchos casos realidad) del desempleo, que jugó un importante rol en los bajos ingresos de los trabajadores discutidos anteriormente. Según comenta Ferrer, aun en las épocas de prosperidad (como en 1913) la tasa de desocupación superaba el 5%. Tomando los datos de Di Tella y Zymelman (1973) se observa que la guerra causó un inédito crecimiento del desempleo industrial: entre 1914 y 1917 la desocupación se incrementó del 13,4% al 19,4% (Rock, 1997:169).

De todos modos, estas cifras no ponen de manifiesto la real situación del mercado de trabajo argentino. La gran movilidad de la fuerza de trabajo y la facilidad con que se podía eliminar la mano de obra excedente al regresar los inmigrantes a su país de origen hacía parecer a la desocupación como un fenómeno meramente pasajero. Como plantea Rouquié, “la capacidad de mantener el pleno empleo era menos una característica inherente al sistema productivo de la Argentina que un lujo suministrado por el mecanismo de inmigración. De hecho, el retorno de los inmigrantes a sus patrias en los períodos de depresión o en los períodos de menor actividad laboral durante el año no hacía sino desplazar el desempleo potencial de otros lugares del país: el *ejército de reserva* de la Argentina, y en cierto sentido su fuerza de trabajo marginal, estaba en Italia o España” (Rouquié, 1983:27).

La ocupación rural también sufrió los avatares de las fluctuaciones cíclicas. Según Lobato, desde comienzos de siglo XX el ritmo de las actividades económicas que demandaban mano

de obra comenzó a crecer más lentamente que los flujos migratorios: “Algunos signos de deterioro en el nivel de ocupación aparecieron ya en 1885. Desde la década de 1910 (...) el paro forzoso de los trabajadores tuvo que ser admitido como un problema” (Lobato, 2000:473). El desempleo efectivo y latente en diversos momentos de la etapa influyó también en las precarias condiciones de trabajo que en general enfrentaron los asalariados del período. Como se mencionó, en el campo la explotación de los peones agrícolas llegaba al punto de que en muchos casos recibían paga en especies o eran sometidos a contratos leoninos. En las ciudades, las jornadas de trabajo solían ser extenuantes y se realizaban bajo nocivas condiciones de higiene y seguridad. Incluso en épocas de crisis, para aumentar los ingresos familiares, las mujeres y los hijos trabajaban con frecuencia tanto tiempo como los hombres y a menudo en lugares estrechos e insalubres.

Por otra parte, la regulación de las condiciones de trabajo y la institución de los derechos básicos de los trabajadores -que ya se encontraban extendidos en distintas partes del mundo- fueron incorporadas tardíamente en el país gracias a una férrea resistencia por parte de la burguesía y las clases propietarias. Si bien se produjeron tentativas por establecer una ley global reguladora del mundo laboral argentino (como el “Código González” de 1904 o el “Código de 1921”), los proyectos nunca fueron sancionados debido a las presiones ejercidas. Cabe destacar que esta falta de derechos laborales no es más que una forma de reducir los salarios reales de los trabajadores.

Desde 1881 comenzaron las reivindicaciones obreras por el descanso dominical, aunque los intereses comerciales prevalecieron durante casi 25 años: recién en 1905 el Congreso votó la Ley N° 4.661 que disponía que los negocios permanecieran cerrados los domingos en la Capital Federal, aunque fue permanentemente violada por los empresarios (Lobato, 2000:477). Las medidas para reducir las horas de trabajo no prosperaron tanto. Desde 1890 comenzó la presión por la regulación de la jornada laboral en 48 horas semanales, aunque sin ningún éxito. A partir de 1906 fueron presentados periódicamente distintos proyectos en el Congreso que, entre otros aspectos, incluían una semana laboral de 48 horas en las fábricas, el gobierno y el

ferrocarril, un máximo de diez horas diarias (con menos horas aún para las mujeres y los niños), medio día de trabajo los sábados, reglamentaciones para el trabajo nocturno y para que terminaran los prolongados horarios que aún se exigían a los empleados en la mayoría de los establecimientos comerciales, así como el establecimiento de normas de higiene y seguridad. Como documenta Scobie, “estos proyectos fueron rápidamente enviados a comisión, donde murieron” (Scobie, 1986:186). Otro tanto ocurrió con la legislación de accidentes de trabajo.

Las condiciones habitacionales de los sectores populares

El último lugar en el que nos queda buscar algún resabio de la añorada tierra prometida es en las condiciones habitacionales¹⁹. Sin embargo, el resultado del esfuerzo tampoco será alentador. Tal como se mencionó anteriormente, la gran polarización en la distribución de la riqueza se manifestó en un marcado contraste entre los lujos y las comodidades de las viviendas de la oligarquía terrateniente y la burguesía industrial y la precariedad y el hacinamiento a los que estuvieron condenados los trabajadores. En efecto, mientras Buenos Aires se convertía en la *París de Sudamérica* -gracias a las fastuosas construcciones y palacetes de la Recoleta y la zona norte- y en el interior del país florecían otros pujantes y modernos centros urbanos (como Rosario y Córdoba), la situación habitacional de la mayor parte de los obreros era por demás preocupante.

El brusco crecimiento de Buenos Aires trajo consigo el hacinamiento, la falta de higiene en las viviendas y coexistió –hasta bien entrado el siglo XX- con la carencia de dispositivos sanitarios y de salubridad. En esta etapa predominaron los *conventillos* en la zona del centro de la ciudad, que consistían en viejos inmuebles transformados en viviendas colectivas donde convivían hacinados alrededor del 20% de los obreros urbanos del período. Según se estima, en promedio 12 personas y 2,5 familias compartían cada casa, con un bajo número de baños y duchas por habitante, falta de luz y normalmente sin acceso a agua corriente y cloacas

¹⁹ Si bien deberían contemplarse también otros aspectos involucrados en la calidad de vida (como la alimentación, la vestimenta o la educación) consideramos suficiente a los fines de este trabajo analizar en última instancia la evidencia sobre las condiciones habitacionales, sin perjuicio de la relevancia de otros indicadores.

(Gutiérrez, 1983:72). Por su parte, Devoto sostiene que el hacinamiento creció fuertemente entre 1890 y 1913, pasando de 2,49 personas por habitación a 3,7. Según este autor la situación en Rosario debió haber sido peor: “en 1895 el promedio era de 3,01 habitantes por habitación, pero se conocían picos (...) de hasta 5,33 habitantes por habitación” (Devoto, 1983:434). El 60% o 70% de la población del centro de Buenos Aires que no vivía en conventillos ocupaba casas de pensión, departamentos pequeños, o estrechas viviendas de dos pisos que albergaban a dos o más familias (Scobie, 1986:188).

Hacia 1917 las condiciones habitacionales de los obreros en Buenos Aires no había mejorado sustancialmente, si bien la extensión de las vías de tranvías y la electrificación permitió a los sectores populares alejarse gradualmente del centro de la ciudad²⁰. Devoto calcula que para ese entonces el 88,4% de las familias obreras aún vivía en una única pieza.

El recurrente aumento de los alquileres favoreció un mayor hacinamiento. En efecto, los alquileres constituían una parte tan substancial y fija del presupuesto del obrero que por lo general se intentaba disminuir su peso compartiendo la habitación con otros trabajadores, aunque no dejaban de representar uno de los principales rubros del gasto: “el alquiler de una pequeña habitación para alojamiento, compartida con cinco o seis hombres más, consumía por lo menos una quinta parte del sueldo mensual de un obrero no especializado” (Scobie, 1986:175).

El drama habitacional urbano se manifestó con toda su furia en la famosa “Huelga de Inquilinos”, luego de que un importante aumento de los alquileres en 1907 provocó una serie de protestas por parte de los habitantes de los conventillos en reclamo de una rebaja sustancial de los precios y del mejoramiento de las condiciones higiénica de los inmuebles.

En cuanto a la zona rural, la vivienda de los sectores populares también mostró serias carencias debido la forma que adoptaban habitualmente los contratos de arrendamiento: “Al arrendatario se le exige que construya su propia casa y, como no se le asegura más de cinco

²⁰ La expansión de la ciudad generó cuantiosas ganancias para los bancos y los especuladores inmobiliarios y perjudicó a un gran número de asalariados que fueron estafados o tuvieron que pagar tasas de interés usurarias por los créditos para la compra de vivienda.

años de ocupación, no construye una buena vivienda, aunque su situación financiera se lo permita” (Rapoport, 2000:49).

Conclusiones

Las teorías neoclásicas del comercio internacional y la lectura *liberal* de la historia económica descansan en una premisa: el mercado es el mejor método de asignación de recursos de la economía y es el que produce como resultado el máximo bienestar social. Esto se demuestra fundamentalmente a través de sofisticados y complejos modelos formales basados en supuestos y axiomas generalmente restrictivos y de dudoso realismo. Eso sí, una vez que se cree en el modelo teórico, lo que resta es encomendarse al mercado y *tener fe*. La fe, en cualquier religión, se sostiene en base a pruebas (milagros). En nuestro caso, la prueba sería la supuesta existencia -allá a lo lejos y en el tiempo- de un paraíso perdido al que se habría llegado siguiendo el camino señalado. La cuestión sería entonces retomar en la actualidad el sendero virtuoso.

Ahora bien, hay que tener (mala) fe para encontrarle alguna reminiscencia celestial a la Argentina del período agroexportador. Todos los indicios presentados dan cuenta de una sociedad con grandes disparidades; con un crecimiento extraordinario pero cuyos frutos fueron apropiados por unos pocos; con una dependencia extrema a la coyuntura externa; con la riqueza y el ingreso fuertemente concentrados en los grandes terratenientes y en los sectores de la burguesía vinculados con la red de infraestructura (comercial y financiera) subsidiaria de la producción primaria exportadora; con persistentes fluctuaciones que provocaron sistemáticas caídas del salario real de los trabajadores y bruscas transferencias de recursos hacia las clases propietarias; con condiciones materiales de vida y de trabajo absolutamente precarias. En definitiva, todo hace pensar que se trató de uno de los períodos más inequitativos de la historia argentina (sólo comparable con los últimos tiempos) y donde la clase obrera se encontró en una situación decididamente sombría.

En este sentido, las verdaderas condiciones de los trabajadores y los sectores populares se expresan en el alto grado de conflictividad social del período: más de 775 huelgas entre 1907 y 1910, el mencionado movimiento de inquilinos de los conventillos de Buenos Aires, las frecuentes protestas de los arrendatarios en el campo (entre las que se destaca el famoso episodio conocido como el “Grito de Alcorta” en 1912), la *Semana Trágica* en 1919, o las masivas huelgas rurales en la Patagonia durante el período.

En última instancia (y dejando de lado definitivamente la analogía), a diferencia de muchas de las religiones, al paraíso agroexportador sólo entraron unos pocos mientras la mayoría de la sociedad se quedó en las puertas. Si es esta la tierra prometida por la ortodoxia, ¿es allí dónde la sociedad argentina desea ir?

Buenos Aires, octubre de 2004

Referencias bibliográficas

- Alvarez, J. (1984), *Las guerras civiles argentina y la búsqueda de la estabilidad argentinas*, Buenos Aires.
- Ashworth, W. (1978), *Breve historia de la economía internacional desde 1850*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- Cortés Conde, R. (1997), *La economía argentina en el largo plazo*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Cortés Conde, R. (1979), *El progreso argentino 1880-1914*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Della Paolera, G. y Taylor, A. (2003), *Tensando el ancla. La caja de conversión*
- macroeconómica, 1880-1935, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Díaz Alejandro, C. F. (1975), *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Di Tella, G. y M.Zymelman (1973), *Los ciclos económicos argentinos*, Ed.Paidós, Buenos Aires.
- Ferrer, A. (1961), *La economía argentina*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires.

- Ferrer, A. (1977), *Crisis y Alternativas de la Política Económica Argentina*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Gerchunoff, P. y Llach, L. (1998), *El Ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Compañía Editora Espasa Calpe /Ariel, Buenos Aires.
- Gerchunoff, P. y Llach, L. (2004), *Entre la equidad y el crecimiento. Ascenso y caída de la economía argentina, 1880-2002*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, Colección mínima.
- González, M. y Nahón, C. (2004), *Desarrollo económico y condiciones de vida en la Argentina (1880–2002). Una reflexión crítica sobre el ensayo “Entre la equidad y el crecimiento” de Pablo Gerchunoff y Lucas Llach*, mimeo.
- Gutiérrez, Leandro (1983). *Los trabajadores y sus luchas*, en José Luis Romero y Luis Alberto Romero. Buenos Aires, historia de cuatro siglos. Tomo II. Ediciones Abril, Buenos Aires.
- Iñigo Carrera, J. B. (1998), *La acumulación de capital en la Argentina*, CICP, Buenos Aires.
- Lobato, M. (2000). *Los trabajadores en la era del progreso*, en *El Progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Tomo 5, Capítulo 11, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina
- Maddison, A. (2001), *The world economy: a millennial perspective*, OECD.
- Martínez de Hoz, J. A (1981), *Bases para una Argentina moderna 1976-1980*, Impresora Argentina, Buenos Aires.
- Oszlak, O. (1997), *La formación del Estado argentino. Orden, progreso y organización nacional*, Editorial Planeta, Buenos Aires.
- Panettieri, José (1986), *Argentina, historia de un país periférico. 1860-1914*, Buenos Aires.
- Rapoport, M. (2000), *Historia económica, política y social de la Argentina: 1880-2000*, Ediciones Macchi, Buenos Aires.
- Rock, D (1977), *El radicalismo argentino 1890-1930*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Rouquié, Alain (1983). *Poder militar y sociedad política en la Argentina. I hasta 1943*, Emecé Editores, Buenos Aires.
- Scobie, J. (1964), *Revolution on the Pampas: A Social History of Argentine Wheat, 1860-1910*, Austin: University of Texas Press.
- Scobie, J. (1986). *Buenos Aires. Del Centro a los Barrios. 1870-1910*, Ediciones Solar, Buenos Aires.

- Suriano, J. (comp.), (2000), *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena.
- Suriano, J. (1990), *El Estado argentino frente a los trabajadores urbanos: política social y represión, 1880-1916*, en Anuario, N^a 14, Rosario.
- Taylor, A. (1995), *Peopling the Pampa: on the impact of mass migration to the River Plate, 1870-1914*, NBER Working Paper Series, Historical Working Paper N^o 68, Cambridge, Massachusetts.
- Taylor, A. y Williamson, J. (1994), *Convergence in the age of mass migration*, NBER Working Paper, Cambridge, Massachusetts.
- Vitelli, G. (1999), *Los dos siglos de la Argentina. Historia Económica Comparada*, Prendergast Editores, Buenos Aires.
- Williamson, J., O'Rourke, K. y Hatton, T. (1993), *Mass migration, commodity market integration and real wage convergence: the late nineteenth century Atlantic economy*, NBER Working Paper Series, Historical Working Paper N^o 48, Cambridge, Massachusetts.
- Williamson, J. (1998), *Real Wages and Relative Factor Prices in the Third World 1820-1940: Latin America*, Cambridge, Massachusetts.
- Williamson, J. (1998), *Real Wages and Relative Factor Prices in the Third World 1820-1940: The Mediterranean Basin*, Cambridge, Massachusetts.